

EL JUVENIL

QUINCENARIO DE LA JUVENTUD

CONDICIONES:

Suscripción mensual..... ₡ 0-10
Número suelto..... „ 00 5
„ atrazado..... „ 0-10

Dirigido y redactado por
HERNAN VALVERDE L.

NOTA

Toda correspondencia debe ser dirigida al Liceo de Costa Rica.

AÑO I

SAN JOSÉ, 7 DE OCTUBRE DE 1914

NÚMERO 11

Sabatina

Para EL JUVENIL

La división mecánica del tiempo para los hartos del dinero ha de ser exacta; para nosotros, los que amamos el Ideal y no ajustamos a ningún molde nuestros actos no reclamamos del tiempo exactitudes ridículas.—Gerardo Vega C.

Jamás he ajustado el ritmo de mi vida a la rutinaria medida del calendario. Nunca ha hilado para mí sus horas el monótono reloj. Mi independencia íntima o sentimental, la he conservado siempre por sobre la división mecánica del tiempo. Y mis momentos espirituales, tristes o alegres, me han señalado un límite ideal para todas las cosas.

De nada me ha servido que la hoja del almanaque traiga una cifra roja para indicar la solemnidad del día. Bien puede traer cifras muy negras que señalen los días sin júbilo, los días comunes, pero esto no ha de tener ningún valor si dentro de mí es píritu hay fiesta, si suenan en mi interior los cascabeles de la alegría; ya sea porque el oro del sol me pareciera más luminoso esta mañana o porque el zafiro del cielo se me antojara de un azul más puro y más intenso.

Para mí no se han hecho las divisiones del tiempo! Y sin embargo es tan suave la quietud

La mujer

Hermosura y nervios, belleza, desdén, orgullo. Eres frágil porque te enamoras de un perfume, de una flor, de una piel teñida.

Eres frágil porque tus cabellos ondulan, a merced del viento, porque tus ojos jamás descansan, porque tu vaho es la brisa del pudor convertida en voluptuosidad, el mareo de una virginidad fogosa, la huella silenciosa del misterio.

El amor es tu hoguera; allí te incendias. El amor es tu altar; allí está tu cáliz. El amor es tu crepúsculo. Allí están tus esplendores y tus sombras.

Pedro César Dominici

de mi espíritu en estas horas, es tan amable el viento de este día que he fijado mis ojos distraídos en el calendario; y he leído,—con un goce que tiene mucho de infantil,—esta palabra: —Sábado.

Sábado! He sentido que mi alma se abre hacia el pasado lo mismo que hacia un amado jardín antiguo se abre una ventana.

Porque sobre mi niñez caía como una lluvia de bondad en este día, y mi candor se alegraba preparándose al descanso de las temibles labores escolares; porque en la noche del sábado me dormía soñando en un despertar armonioso, en una mañana con pájaros, con mucho sol y con fervorosas campanadas dominicales; porque jubilosamente esperaba la aurora que entraría sus

oros hasta mi alcoba y me despertaría para luego ir a gozar con mi inconsciente libertad de mariposa, corriendo por los parques aromosos, divagando ingenuamente junto a los surtidores de las líricas fuentes que entonaban ritornelos interminables...

He aquí como sobre la quietud de mi vida, en esta hora amable el recuerdo pone una sombra de pena. Es que el frescor de los sábados de antaño me hace sentir hostil el sábado de ahora.— Porque perdida la ingenuidad y expuesto el corazón a todos los vientos del mal, me sé de sobra que hoy no han de ser puros mis goces; que este descanso de hoy no significa sino un ligero paréntesis abierto en el bregar tedioso de la lucha; y que para engañarme y para hacer más intenso el paréntesis, tal vez me interne en las pérfidas y encantadas grutas del Pecado, aunque luego solloce el alma martirizada, sutil prisionera de la carne...

Quizás la luna de esta noche me alumbre en una aventura carnavalesca, de ilusión, de engaño de mí mismo; tal vez vierta un rayo de su luz sobre la copa que indudablemente he de levantar esta noche, plena del vino anacreóntico, saludando al tiempo que fué, al presente y al futuro...

Séame buena la luna de este sábado.—PAROS

Cuento "inmoral"

Casi al mismo tiempo que el sol, se levantó aquella mañana el pobre Andrés.

Salió a la calle.

Estaba solitaria la gran ciudad: apenas los primeros síntomas del despertar: uno que otro transeunte se veía cruzar con paso rápido; trasnochadores extraviados a quienes el nuevo día sorprendió en sus orgías. En las esquinas, los polizontes desvelados bostezaban largamente. Los repartidores del pan con su "preciosa carga" sobre las espaldas, pasaban a lo largo arrastrando sobre el pavimento de las calles sus enormes zapatitos claveteados.

Andrés iba distraídamente, sin saber a dónde.

El andrajo de su blusa azul manchada y sucia era un termómetro que marcaba su estado actual de paria hambriento.

Caminó mucho rato. En algunas esquinas, sin saber por qué, cruzaba; en otras seguía la calle recta. Sus pasos vacilantes y pesados producían un ruido sordo sobre el granito de las aceras. Llevaba las manos en los bolsillos y la mirada fija sobre el suelo: una mirada húmeda y triste de perro hambriento.

Al pasar frente al portal de una casucha miserable, una vieja escuálida le lanzó: "Buenos días, buen hombre." Pero Andrés no contestó. Luego, un perro le ladró furiosamente. Tampoco hizo caso.

Seguía abismado en un marasmo imbecil. Caminó muchas calles más. Quiso fumar pero recordó que no tenía pitillos. ¡Desde cuándo no tenía pitillos!

Entonces se puso a coordinar sus ideas.

El invierno comenzaba. Y, apenas habrían caído las primeras hojas de los árboles cuando quedó sin trabajo. Tantos días de vida vagabunda, errante y hambriento entre el torbellino de

TEDIO

Magna me cibi satietas.

Tengo el peor de todos los cansancios:
¡el terrible cansancio de mí mismo!
¿Donde ir que a mí propio no me lleve,
con el necio gritar de mis sentidos
y el vano abejar de mis deseos
y el tedio insoportable de lo visto
y el gran desabrimiento de los labios
después del amargor de lo bebido?
¡Oh! qué hambre de paz y de penumbra
y de quietud y de silencio altivo
y de serenidad. . . ¡Dormir, dormir!
¡Toda una eternidad estar dormido!

AMADO NERVO

la gran ciudad! Recordaba el día que lo despidieron. Llegó borracho al taller. Es verdad que era la vez primera, pero ¡qué diablo! el Jefe no toleraba la embriaguez. Sin embargo, si hubiera seguido trabajando..... Pero qué, ¿es que acaso no hay trabajo para un hombre que desea vivir? Un mendrugo, sí; esto es: un mendrugo que permita vivir. Porque, es claro, la sangre se gasta y hay que renovarla. Pero, es necesario trabajar con desesperación, hasta el agotamiento diario de la fuerza, hasta sentir sobre la frente los borbotones de sudor. Es el único medio de obtener el mendrugo diario que nos da nuevas fuerzas para resistir las fatigas del día siguiente.

Y, Andrés no quería morir como un cobarde. Quería morir junto al yunque; junto a su fragua, con el mazo en la mano, disputándole a la muerte palmo a palmo su derecho de vivir. Por eso, volvió al taller. Habló al Jefe. Sí, él quería volver al trabajo; volver a empuñar el arma de lucha diaria; sentía la nostalgia de su fragua; la nostalgia de su yunque; prometía no volver a llegar borracho al taller: eso era feo verdaderamente; para emborracharse le quedaban las noches. El Jefe no le escuchó. Volvió la espalda después de lanzarle una mirada de desprecio. Al día siguiente Andrés volvió donde el Jefe. Le habló de nuevo de sus

propósitos de trabajar. Esta vez fué insultado por el Jefe. Ya no volvió otra vez. Fué entonces a otro taller, pero su presencia de vagabundo producía mal efecto.

Ya no meditó más. Siguió su marcha taciturno y estúpido. El tráfigo de la ciudad comenzaba a despertarse. Pasó frente a la hermosa Catedral gótica. Las campanas regocijaban el ambiente con sus lenguajes de bronce. Las gentes invadían los pórticos de aquel Templo que alzaba su magnificencia insultante.

El día anterior había hecho un esfuerzo enorme: Pidió una limosna. Un mendrugo que alguien no quiso fué para él. Pero, ¿cómo continuar así, en esa vida de pordiosero hambriento? Pensó entonces en el suicidio como un medio salvador. La idea le brotó en su cerebro, débilmente primero; luego se afirmó más; y, súbitamente, aquella idea tomó forma: se hizo una resolución inquebrantable. ¡Cobardía de vivir! Sí; pero ¿es que acaso se llama vivir a ese estado miserable en que la vida misma se rebela contra nosotros y nos coloca en un nivel más bajo que los perros? Tender las manos implorantes en demanda de un mendrugo cuando aún hay fuerzas y nervios en los brazos, doblar las rodillas como parias y empeñarse en vivir, ¿no es más cobarde todavía?

Y así fué como pensó el pobre Andrés.

Ya exánime, su cuerpo enflaquecido quedó rígido. Su boca exangüe quedó contraída en un gesto que muy bien podía ser una sonrisa o una mueca.

Conde de Lautreamont

Zapatería

R Aquiles Sánchez

Calle Central Sur

Juventud intelectual del Liceo



En medio de la grandiosa soledad en que las circunstancias de la vida me han colocado, en medio de la pena grandísima que me produjera el desencanto de otros que se han quedado resagados en la ignorancia, he experimentado una gran alegría con el triunfo alcanzado por mi amigo Carlos Jinesta en los Juegos Florales de Costa Rica, celebrados el 15 de setiembre pasado con motivo de la Independencia Nacional, y de los festivales del Centenario del ex-Presidente Mora.

El triunfo de Jinesta, es para nosotros, quienes le hemos visto trabajar, una íntima alegría, porque en este su primer triunfo va envuelto su propio esfuerzo, y será a no dudarlo el primer peldaño por el cual subirá al lado de nuestros intelectuales, ha formar parte del Parnaso Nacional.

La pluma de Jinesta será de esas que triunfan siempre, porque no está envenenada, y porque escribe lo que dicta su propia conciencia.

El cuento premiado, es la demostración más palpable de lo que puede el esfuerzo y el trabajo de nuestra juventud intelectual.

Al engalanar las columnas de este quincenario con el retrato del cuentista vencedor, nos permitimos enviarle nuestra calurosa felicitación.

El triunfo de Jinesta es una de nuestras íntimas alegrías y una renovación del desencanto producido en nuestro ánimo, por otros que no quisieron trabajar...!

FERNANDO

En el mar

(Conclusión)

El pobre hombre aun bajó más su cabeza. La hundió entre los hombros, como si quisiera hacerla desaparecer, para no oír, para no ver nada.

—¿Pero donde está Antoñico?

Y Rufina, con los ojos ardientes, como si fuera a devorar a su marido, le agarraba de la pechera, zarandeando rudamente a aquel hombrón. Pero no tardó en soltarle, y levantando los brazos, prorrumpió en espantoso alarido:

—¡Ay, Señor!. ¡Ha muerto! ¡Mi Antoñico se ha ahogado! ¡Está en el mar!

—Sí, mujer—dijo el marido lentamente con torpeza, balbuceando y como si le ahogaran las lágrimas.—Somos muy desgraciados. El chico ha muerto; está donde su abuelo; donde estaré yo cualquier día. Del mar comemos y el mar ha de tragarnos.... ¡Qué remedio! No todos nacen para obispos.

Pero su mujer no lo oía. Éstaba en el suelo, agitada por una crisis nerviosa, y se revolcaba pataleando, mostrando sus flacas y tostadas desnudeces de animal de trabajo, mientras se tiraba de las greñas, arañándose el rostro.

—¡Mi hijo!... ¡Mi Antoñico!...

Las vecinas del barrio de los pescadores acudieron a ella. Bien sabían lo que era aquello: casi todas habían pasado por trances iguales. La levantaron, sosteniéndola, con sus poderosos brazos, y emprendieron la marcha hacia su casa.

Unos pescadores dieron un vaso de vino a Antonio, que no cesaba de llorar. Y mientras tanto, el compadre, dominado por el egoísmo brutal de la vida, regateaba bravamente con los compradores de pescado que querían adquirir la hermosa pieza.

Terminaba la tarde. Las aguas,

RESERVADO
para la Sastrería
Gonzalo Artavia

ondeando suavemente, tomaban reflejos de oro.

A intervalos sonaba cada vez más lejos el grito desesperado de aquella pobre mujer, desgredada y loca, que las amigas empujaban a casa:

—¡Ay, niño! ¡Hijo mío!

Y bajo las palmeras seguían desfilando los vistosos trajes, los rostros felices y sonrientes, todo un mundo que no había sentido pasar la desgracia junto a él, que no había lanzado una mirada sobre el drama de la miseria; y el vals elegante, rítmico y voluptuoso, himno de la alegre locura, deslizábase armonioso sobre las aguas, acariciando con su soplo la eterna hermosura del mar.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

De "La Condenada"

Pésame sentido

Le enviamos a la familia Osma y especialmente a nuestros apreciables Profesores don Julio y don José María, al consignar la fatal noticia de la muerte de su señor padre.

Oro Moderno

-Paréntesis Literario-

"Tú eres TODO. El Arte, la Belleza..., lo grande y lo pequeño de lo noble en la Creación. Tienes el mar en los ojos, en la boca el néctar, en la frente resplandores.— Eres la música y la brisa, las flores y las fieras... ¡Cuántas veces Gabriela, cuando tú me abrazas, he creído que me abraza el mar... que me envuelven la tempestad y el fuego... que tus ojos son de tigre y que tus labios están húmedos y tintos en mi sangre!... ¡Cuántas otras he pensado que son de arcángel tu frente y tu mirada, y toda tú una serpiente de rosas!... Eres el Amor, y me embelleces y enamoras la tierra contemplada desde ti... y yo no he oído nada comparable al grito de tus gritos cuando toda la felicidad te grita dentro gritándome:—¡Imposible más!—¿Recuerdas?... ¡tu alarido del colmo venturoso!"

Fragmento de la novela "Alma en los labios", original del prestigiado escritor Felipe Trigo, creador de la novela científica en España.

Miseria...

¡Cuántos de esos mendigos que a cada paso encontramos, son vagamundos que bajo ese disfráz pasan la vida con el dinero de otros. ¡Y cuántos son infelices inválidos que de verdad lo necesitan; pero muchas veces sólo hay limosna para los primeros, porque así es el mundo, y los otros, se ven obligados a buscar mendrugos en cama de galgos, o si nó, mueren en el mayor abandono!—

Félice

Con exangüe mano extendida iba implorando limosna a todas las personas que a su paso encontraba, un mendigo acompañado de dos niños, sucios y hambrientos.

¡Por Dios, una limosna!—acercándose me dijo—. Me quedé contemplándolo un momento, lleno de tristeza, y sentí deseos de llorar; díle una moneda, y ¡Dios lo bendiga!—me dijo— y siguió su camino.

Yo hice lo mismo, con aparente indiferencia; pero antes de llegar a la esquina quise devolverme, a hablarle, a preguntarle quién era, en donde vivía... pero sentí vergüenza, vergüenza de mí mismo, de verme tan sentimental... y seguí mi camino.

Pero a cada trecho que caminaba, me sentía detenido por una fuerza extraña y oculta que parecía decirme:

—¡Devuélvete, ese mendigo te interesa!

Y no haciendo caso, llegué hasta mi casa y me acosté; pero no pude dormir, la idea del mendigo—cual cosa macabra—me perturbaba el sueño.

Al anochecer del día siguiente, me dirigí a la misma calle por donde lo había encontrado el día anterior; ya venía de vuelta, con los niños y con el saco vacío.— Cuando hubo caminado un poco, lo seguí.

Ya iba saliendo del maremágnum de la población, cuando me le acerqué, y

—¿Para dónde váis—le pregunté—con esos dos niños?

—Yoy para mi casa, y estos niños son mis nietos; los llevo a que duerman, pues tienen mucho sueño y mucha hambre; pero con esto último no puedo complacerlos.

Seguí caminando con el mendigo, sin dirigirle la palabra, hasta que él me dijo:

—¿Y usted que hace por estas humildes calles por donde no viven mas que mendigos?

—Quiero acompañaros, para saber quien sois para protegeros.

—Mil gracias, pues cabalmente no llevo nada que darles de comer a mis nietecitos que tienen mucha hambre.

Y al pobre anciano le rodaron las lágrimas, y al enjugarlas me dijo señalando una chosa:

—Aquí vivo, esta es mi casa, entre usted, y empujó una puerta podrida.

Un olor putrefacto era lo que se sentía en aquella choza llena de bascosidades. Allí no había más que un baúl que parecía encerrar un recuerdo histósico y que ya comenzaba a podrirse con la humedad del suelo; algunos otros objetos tirados en aquella bascosidad de suelo, y un gran trapo sucio y grueso, allí extendido: era lo que llamaban cama; allí dormían los tres. A todo ese conjunto llamaban casa.

Los niños se acostaron diciendo:

—Nada tiene, papá, mañana conseguiremos algo que comer, y casi instantáneamente se durmieron.

Yo no pude contenerme y junto con aquel viejo lloré... lloré quedamente, al ver aquellos niños tan pequeños y tan conformes.— Saqué un poco de dinero y le dí al anciano, al tiempo que me salí de aquello que llamaban casa, y ¡Dios lo bendiga!, fue lo último que me dijo, y me marché.

¡Pobres gentes!

HERVALÓN